

## PRÓLOGO

Cuando pienso en alguien comprometido con todo lo que requiere un proceso de reinención, pienso en Sandra Ramón. Y no me refiero a esa reinención compleja que nos pide la vida cuando los caminos no están claros o cuando nuestra situación cambia. Me refiero a esa reinención profunda y muy exigente de quien sabe que tiene que dejar morir quien era para resurgir como un ser nuevo. Yo he visto a Sandra levantarse una y otra vez, abrazar la vida con una sonrisa en medio del llanto, poner el pecho cuando ha sido necesario y seguir, siempre, siempre confiando.

La Sandra que hoy escribe aquí su historia es una Sandra que ha sido guerrera y que ha renunciado a luchar. Es una Sandra que ha vivido desde la verdad y que ha venido a inspirar. Estoy muy orgulloso de la autora de este libro porque estoy convencido de que su historia puede hacer una diferencia y porque he vivido en primera fila el proceso que ha implicado llegar a la paz necesaria para contarla.

No me cabe duda de que aquí hay historias universales, donde las rejas de una cárcel norteamericana no se diferencian de la prisión de las relaciones, trabajos, prejuicios o conceptos que nos pueden alejar del estado de plenitud y libertad que deseamos.

Este es un hito más de un proceso largo en el que Sandra Ramón se transforma y en su camino, unos cuantos cambiamos a su lado. En estas páginas está la oportunidad de dar un paso hacia el cambio, la apertura, el desapego, el perdón y el despertar. Está en nosotros darlo.

ROBERTO MANRIQUE

# CAPÍTULO 1

## LA PROPUESTA INDECENTE

¿Por qué alguien habría de aceptar llevar heroína en su maleta para transportarla a los Estados Unidos?

La respuesta no es sencilla. Por eso, desde mi corazón abierto y vulnerable, quiero contarte la historia de mi vida, con la esperanza de que alguna de las vivencias por las que pasé, puedan ayudar a convertirte en la heroína o héroe de tu propia vida, así como yo lo logré.

Soy Sandra, la única mujer en una familia de cuatro hermanos: José Luis, Oscar Javier y Carlitos, mi hermano mayor, a quien consideraba el amor de mi vida.

Fui una niña alegre, soñadora y curiosa, y tenía una familia amorosa y dedicada. Destacaba en el colegio y obtenía las mejores calificaciones, sobre todo en matemáticas; además, tenía muy buenos amigos.

Era una niña común y corriente.

Mis hermanos y mis papás siempre fueron mi ejemplo a seguir, eran estudiosos y trabajadores. Carlitos siempre tuvo el sueño de crear una empresa familiar en la que trabajáramos todos los hermanos y soñaba con llevarnos a Cali, ciudad donde él vivía después de haberse graduado de piloto comercial.

Pero en 1990, cuando yo tenía 11 años, Carlitos murió en un accidente aéreo y mi mundo se vino abajo, mi superhéroe se había ido.

El sueño de crear la empresa familiar con la que soñaba mi hermano quedó inconcluso, hasta que años más tarde José Luis retomó la idea. Para él era una manera de hacer dinero en Colombia, pero para mí esta empresa significaba mucho más: honrar el legado de Carlitos.

En el año 2001, José Luis (quien pasó a ocupar el lugar de Carlos como hermano mayor), nos llamó a Oscar Javier y a mí para que formáramos parte de la empresa, y acepté convencida, porque esta representaba la oportunidad de cumplirle a mi superhéroe.

Un día cualquiera del año 2002 desperté con una cora-

zonada de que algo pasaba y sentía una profunda tristeza. Comencé a llorar y no entendía por qué. Así pasé dos días, y mi hermano José Luis no me contestaba el teléfono ni me devolvía las llamadas, aunque yo insistía en saber si algo estaba pasando.

Hasta que por fin lo hizo y cuando oyó mi voz, estalló en llanto como un niño pequeño, diciéndome que nuestra empresa familiar iba a quebrar y teníamos que cerrar.

Se me detonaron los botones de la tristeza y el dolor, pero sobre todo, se me vino a la mente la imagen de Carlitos. Yo sentía como si él me estuviera reclamando la decisión de cerrar la empresa, como si eso estuviera traicionando su deseo, como si yo estuviese yendo en contra de su legado familiar. Me sentía realmente culpable.

Pero esto era producto de mi mente, porque mi hermano muerto no me estaba culpando de nada, ni a mí ni a nadie.

El día de la llamada de mi hermano José Luis, marcó un antes y un después para mí. Hasta ese momento, con lo que ganaba en la empresa cubría mis necesidades básicas, pero también me defendía con ventas en otras cosas. Lo que me hacía llorar no era solo una cuestión de dinero, en el fondo era un tema de lealtad: cumplir el sueño de mi hermano Carlos.

Me produjo ansiedad solo pensar que íbamos a quebrar y que nuestra empresa dejaría de existir. Ya mis hermanos habían tocado las puertas de los bancos y les habían rechazado sus solicitudes de préstamos; ya absolutamente todas las posibilidades estaban agotadas, incluso, se puso en venta nuestro apartamento familiar y tampoco salían compradores, nada funcionaba. Nos sentíamos como si el universo estuviera conspirando contra nosotros.

Así que empecé a investigar por mi cuenta cómo podía encontrar el dinero para salvar la empresa.

Vi varias opciones, pero así como yo buscaba una solución mágica, hay gente que está buscando personas desesperadas y necesitadas para meterlas en una trampa; y ahí

es cuando empieza a armarse el fatídico rompecabezas.

Un día, fui a la fiesta de una amiga en una reconocida viejoteca de Cali. En el lugar se regó el “chisme” de que yo necesitaba una gran cantidad de dinero. De pronto, a mi mesa llegó un conocido, acompañado por otra persona que se ofreció como la solución a los problemas económicos que tanto me preocupaban.

Quise preguntar más y simplemente con un: “Tranquila, esta semana cuadraremos una reunión”, fue suficiente para que mi corazón latiera de alegría.

¡Sentía una gran emoción! Estaba feliz de pensar que ya tenía una posibilidad de resolver todo lo que estaba pasando y me repetía a mí misma: “Yo voy a resolver esto, ya conseguí la solución”.

Esa noche, después de meses sin pegar un ojo, finalmente dormí con tranquilidad.

A los dos días tuve mi primera reunión con la persona que “me iba a ayudar”, y me acompañó Carolina, una amiga con una situación personal y familiar tan complicada como la mía. Al llegar, nos encontramos con un señor robusto, canoso, de piel trigueña y de unos 55 años, quien desde el primer momento se presentó como la solución a todos nuestros problemas: Don Mateo.

Llegó el momento de la propuesta. Yo nunca imaginé que sería algo ilegal, quedé sorprendida, pasmada, pálida y en pausa; no sabía qué pensar ni qué decir...

Existen muchas clases de propuestas indecentes, la que me hicieron a mí, sonaba tan fácil, que ahora que lo miro en retrospectiva, me doy cuenta de cuán inmadura e inconsciente era yo en ese momento y cómo se juega tan fácil con el pensamiento de las personas débiles, no solo de mente sino de espíritu.

Yo no era capaz de dimensionar lo que don Mateo me estaba proponiendo: Cargar una maleta llena de droga a Estados Unidos.

No tenía ni idea de cómo funcionaba eso, simplemente yo los escuchaba. Don Mateo me propuso llevar dos kilos

de heroína, por un valor de 15 mil dólares por cada kilo. Para ese entonces, en 2002, era mucho dinero y significaba exactamente un poco más del monto que mi familia necesitaba para evitar la quiebra de nuestra empresa.

Don Mateo nos dijo que ellos corrían con los gastos de la salida de Colombia, y que no nos teníamos que preocupar por nada. Nos habló de un trabajo 100% fiable, nos aseguró que “nunca pasa nada”, que era muy fácil de hacer y que ni los perros, rayos x o la policía detectarían que llevábamos la droga en nuestras maletas.

Cuando hablo en plural, es porque Carolina, la amiga que me acompañó a la reunión, también se sumó a la “oportunidad”.

Qué ingenua y estúpida fui al pensar que de verdad esto sería tan fácil, ¿Cómo me dejé convencer?

Pero al final, pudo más crearme la salvadora de la situación de mi familia y pensar que la ruta fácil y corta iba a sacarnos del momento difícil por el que estábamos pasando y que representaba algo de vida o muerte para mí.

Yo sabía que esto era ilegal, pero no tenía la capacidad ni el nivel de conciencia suficiente para ver el problema en el que me estaba metiendo; sabía que estaba mal, pero puse una especie de nube gris para tapar lo que quería tapar y no ver el delito. Me tomé un tiempo para pensarlo. No fue fácil, no di una respuesta inmediata; lo pensé muchísimo...

Pero ni la más precaria de las situaciones, justifica lo que yo estaba contemplando hacer en ese momento. De hecho, aunque ahora estuviera en la misma situación económica de aquel entonces, no volvería a tomar la misma decisión.

Sin embargo, mi amiga y yo **ACEPTAMOS LA PROPUESTA**, y así decidí convertirme en la heroína de mi familia.